

—Desde hace cinco minutos.

La dama de Espadas respiró.

—Os engañais caballero: tengo veinte y cinco años desde hace cinco.

—Nó, señora: he visto vuestra garganta, he respirado vuestros cabellos, he sentido vuestro corazón.

Todo iba perfectamente; pero de pronto otra máscara se atravesó en el camino.

—Querida mía: vuestro marido os busca: vos sabreis donde debeis encontrarle.

—Sí, pero despues de cenar, dijo la dama de Espadas.

Y levantándose, añadió:

—Adios caballero: hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene!

Octavio siguió por un instante á la dama de Espadas y la dirigió algunas preguntas; pero luego fué arrebatado por el grupo de máscaras de la duquesa.

—A donde vas? le dijo una voz.

Era la dama de Palos.

## X.

## PÁGINAS DE UNA HISTORIA FAMILIAR.

Octavio cogió la mano de la dama de Palos y la pasó en el brazo con la suavidad de un enamorado.

—Dejad que os desabroche vuestro guante, le dijo: os diré quien sois.

Y Octavio desenvolvió una teoría acerca al aspecto de la mano. Para él, la mano era el blason, era como un escudo parlante.

La dama de Palos tenia el pudor del guante.

—En cuanto á mí, dijo ella, no necesito ver vuestra mano para deciros quien sois.

—Pues bien, hablad de mi á mi mismo: os juro que no os conozco.

La dama de Palos con una gracia esquisita, con un talento de ángel y de demonio, le habló de su familia, de su juventud, de sus aventuras.

Octavio estaba complacido y asustado, bien como si su conciencia se levantara en frente suyo.

Haciendo constar su ánimo, su inteligencia, su nobleza, ella pintó á grandes rasgos todos los Parisís que habian representado un gran papel en el mundo.

Ante tales retratos el jóven se inclinaba con humildad, por mas que fuera orgulloso.

Octavio de Parisis nada tenia que envidiar á los mas ilustres nombres. El suyo se habia ilustrado en las Cruzadas. Un Parisis fué grande almirante, otro fué mariscal de Francia y un tercero fué ministro. Si los Parisis no brillan en la Historia del último siglo, es tal vez por su demasiado orgullo. Refugiados en su castillo, como en un reino, eran demasiado monarcas en sus tierras para hacerse cortesanos. Algunos de entre ellos aparecian sin embargo aquí y allí bajo Luis XV y Luis XVI en las embajadas y en los ejércitos; pero no fueron sino apariciones. Luego que hubieron mostrado su valor y su talento, volvieron á su castillo natal para templarse en la vida de familia, como si no hubieran hecho nada. La familia es como la naturaleza en el órden físico: tiene sus dias de pereza. Las mas hermosas plantas son aquellas que dora el sol despues que han brotado en los barbechos.

La revolucion que no era aguardada por los Parisis, vino á romper el árbol secular y á esparcir sus ramas. El hermoso castillo de Parisis, una de las maravillas del Renacimiento en que Juan Goujon habia esculpido cuatro figuras sobre la fachada, dos musas y dos estaciones, fué saqueado y quemado despues del 10 de Agosto; en su admirable parque formado por árboles muy raros, todos los leñadores del país hicieron astillas.

El duque de Parisis que empuñó las armas para

defender los suyos, murió á sablazos y la duquesa se ocultó en Paris con sus hijos, pues Paris era aun el mejor refugio cuando no se podia ganar el Rhin ó el Océano.

La duquesa de Parisis tenia siete hijos y se convirtió en héroe para salvarles y alimentarles. El castillo de Parisis habia sido vendido bajo el pretexto de que habia pertenecido á un emigrado. En vano los amigos de la familia reclamaron diciendo que el duque no se habia ausentado de Francia: el Comisario de la República exclamó: «Como? no era emigrado! acaso no fué al cielo?»

Afortunadamente un herrero del país que era Alcalde del pueblo, un jacobino feroz, que debia su fortuna al duque de Parisis, tuvo un instante de reconocimiento: compró á pública subasta las tierras de Parisis; no tenia con que pagarlas aunque fuesen dadas por dos cuartos; pero segun su espresion no contaba sin la huésped y decia para sí y quizá á su mujer, que esto lo hacia para lo *sucesivo*; que despues de la tormenta volverian á brotar los Parisis y que él les diria con orgullo:

«Amigos míos, los jacobinos no son salteadores de caminos; hé aquí lo que os queda de vuestras riquezas; tomadlas y yo me lavo las manos.»

Y en efecto: las cosas habian pasado de este modo. En los primeros dias del Consulado, la duquesa habia vuelto á habitar una de las alas del castillo que el fuego no habia invadido, feliz como el náufrago que

ha viajado sobre el buque que se estrella y que despues de la borrasca encuentra una tabla.

El abuelo de Octavio era el mayor de los siete hijos: despues de él venian cuatro hijas; los dos niños murieron poco despues de su vuelta al castillo. Cuando se casaron las niñas, fué preciso dividir las tierras de los Parisis con el fin de constituir dotes; esto fué un dolor para la duquesa, pero confió en Dios y en su hijo.

El jóven duque Raoul de Parisis era un chico estudioso, que gracias á su título y á su nombre, debía, segun los sueños de su madre, tentar la fortuna en las altas regiones del poder; ya éste se llamase Borbon ya Bonaparte.

Raoul de Parisis comenzó su carrera bajo este último. Napoleon le hizo entrar en el consejo de Estado de donde le sacó luego para enviarle á Viena con una mision extraordinaria. El duque fué muy pronto embajador; pero su ambicion hubo de estrellarse en Santa Elena. Hubiese podido como otros tantos reaparecer sobre el camino de Gante; pero habia colocado un pié en lo imprevisto. Apasionado por el espíritu aventurero de su siglo, habia visto con pesar, como otro Josué detenia el sol. Aunque conociese que Napoleon no constituia su ideal, le amaba y fué uno de los pocos cortesanos de la desgracia que emprendieron la peregrinacion á Santa Elena; su amor á Napoleon se hizo aun mas vivo y sintió como se habia engrandecido frente á frente de aquel grande infortunio. Escribia á

su madre: «No me he reconocido hombre sino delante de este gran génio caído.» Esto consistia en que Napoleon era aun mas grande sobre el peñasco de Santa Elena que en el balcon de las Tullerías.

Raoul de Parisis viajó por toda la América; en Lima se enamoró de una escocesa, viagera cual él, y prima de Condorcet que se llamaba Fanny O' Connor, á la cual retenia su madre que estaba enferma en la capital del Perú.

Juró en el lecho de agonía de su madre que se casaria con la jóven; pero esta quiso llorar á su madre con un luto de dos años. Como su novia no era rica, la cuestion de dinero preocupó por primera vez á Raoul. Habia encontrado algunos compatriotas suyos, obstinados buscadores de oro, que, despues de la revolucion se habian espatriado y no querian volver á Francia sino con las manos llenas; hacia venticinco años que buscaban y no encontraban sino algunas migajas del pan cotidiano. Pero sabido es, que todo hombre de buena voluntad encuentra un dia ú otro su tesoro.

Raoul de Parisis creyó que sus paisanos debian, por fin encontrar su filon, se asoció á ellos y mandó veinte indios á las Cordilleras. El jóven estaba probablemente dotado de la doble vista, pues seis meses despues un tesoro milagroso enriquecía todo el mundo. Raoul escribió á su madre diciendo que podia dar á los hijos de sus bermanas la parte que á él le tocaba del castillo de Parisis; al mismo tiempo anunciaba su

próximo matrimonio, indicando que tal vez resolvería quedarse en Lima con su mujer que no era aficionada á los viages.

Pasaron dos años. La mina no se había agotado.

Raoul de Parisis había enviado ya tres millones á la compañía de las Indias. Cuando se vió rico, cuando se apagó en él la sed del oro, cuando temió que no tendría hijos, se apoderó de él la nostalgia y se embarcó para Francia, diciendo á su mujer que esto no era mas que un viage. Llegó con su muger y de improviso al castillo de Parisis donde apareció sembrando el oro en torno suyo, como esos príncipes indianos de los cuentos de hadas.

Por mas que debiese perder mucho no volviendo á Lima, se consideró tan feliz en el castillo, al lado de su mujer y de su madre, que no quiso volver al Perú.

Dícese que el Océano transforma las mujeres estériles: Fanny O'Connor, duquesa de Parisis, no tardó mucho en dar á luz á Juan Octavio de Parisis, llamado por otro nombre D. Juan de Parisis, al cual hemos ya presentado.

El duque de Parisis fué muerto en una cacería, cuando solo hacia tres años que disfrutaba de su dicha. Se le llevó moribundo al castillo y besó un crucifijo que le presentó su madre.

—Ah! dijo, mirando con pasión á su jóven esposa que tenia su hijo en sus brazos, para ocultar sus lágrimas: el amor no perdona á los Parisis!

Octavio era de elevada y hermosa estatura, de ros-

tro varonil, lábio burlon, nariz acentuada y espresiva, cabello negro con reflejos de oro y ligeramente rizado; en la profunda mirada de sus ojos azules y en su bien modelada frente se veía errar el pensamiento, ó, mejor dicho, sus sueños. Era mas la cabeza de un escéptico que la de un enamorado; pero la pasión había marcado en ella su sello y no había podido ausentarse de ella. Su aire burlon no estaba en armonía con su alma.

Tenia la desenvoltura de un artista con la dignidad de un diplomático. Bonne le vestia, pero á la moda inglesa.

Héle aquí por su parte visible.

Su espíritu no es tan fácil de pintar ni de ser comprendido.

Era indescifrable como el corazón de una coqueta. Aspiraba á todo y no quería nada. Tenia por todas las mujeres el gusto de los aficionados á los grabados. Adoraba mas la imágen que su esplicacion ó letra. Así no creía en la virtud de sus mujeres y hablaba con fatuidad de las otras en la persuasión de que toda mujer cae un dia, á semejanza de una fresa madura, en manos del amante que la cultiva. Tenia mucho talento y era entusiasta del talento, es decir, del talento hablado, pues leía muy poco y jamás escribía.

La naturaleza había hecho mucho mas por él que él no había hecho por ella. Esto sin embargo sus dones se habían aprovechado. Montaba á caballo como

Mackenzia y daba una estocada con la desapiadada gracia de Benvenuto Cellini. Nadaba como una trucha y luchaba á puñetazos con la sonrisa del gladiador. Habia fecundado su espíritu con el sentimiento de las artes y el amor de lo desconocido. Su imaginacion amaba esto último y su corazon lo imprevisito. Nadie habia penetrado mas adelante que él en la historia de las filosofías.

Octavio de Parisis habia nacido para todas las fortunas, hasta para las malas. Hermoso por la altiva hermosura que se impone con la severidad de las líneas y la soberbia de la espresion, entró en el mundo con la aureola de las virtudes de la cuna, que gozan de tanto prestigio en los gobiernos democráticos. No por esto era mejor ni peor. Vivía como sus compañeros de colegio, con un pié en la clase media y otro pié en el gran mundo, sin cuidarse de su dignidad mas ó menos caballeresca, ofreciendo á las tres su coche y sus lacayos á la señorita Treinta y seis Virtudes, para ir al Bosque, y volviéndolo á utilizar, por la noche, para ir á casa de una duquesa.

Permanecia en los salones oficiales hasta la media noche; mas pasada esta hora, jugaba en el Club ó cenaba en la Casa de Oro, ó en el Café Inglés, con sus alegres compañeros; alguna vez se le vió bailar el cotillon; mas lo bailó para caricaturizar á los danzantes.

Dotado de un espíritu aventurero, Octavio era amigo de los viages; mas no para ir á Roma, á Ba-

den, á los Pirineos ó á Montmorency como esas buenas gentes del boulevard que esclaman con impertinencia en Agosto: «Qué quereis! me muero por los viages!» Parisis no hablaba de viajar sino para dar la vuelta al mundo, para penetrar en los países inaccesibles, franquear la muralla de la China, fumar un cigarro en Tombouctou y titularse rey en algun rancho indiano.

A los veinte años habia ido á Lima para arreglar los negocios de su padre en la ciudad del sol.

Raoul de Pasisis, buscador y encontrador de oro, no habia vuelto á Francia sino con la idea de volver al Perú. Habia dejado en este país un representante que debia rendir muchas cuentas y que creía que el Océano le dispensaria de enseñar sus libros. Así es que se contentaba, desde mucho tiempo, con enviar al castillo de Parisis la mitad del oro encontrado.

Octavio, viendo que era mucho mas rico de lo que esperaba, no quiso dejar la América sin dar por ella un paseo, enamorándose de aquellos bosques vírgenes, como Chateaubriand, y de aquellos rios gigantes, como Fenimore Cooper. Lo que le gustó, sobre todo, fué el ver aquellas ciudades cosmopolitas del Nuevo Mundo en que el reloj del tiempo anda tres veces mas rápido que en la vieja Europa. En Boston encontró á la Raquel que terminaba su carrera y á la Patti que la empezaba. No se casó con la Patti, pero se podria jurar que no dió su corazon á la Raquel?

Volvió á Francia para ver morir á su madre: este fué su dolor primero.

Qué trajo de la pátria de Franklin? mucho oro y mucho amor al oro. Allí fué donde comprendió que un dollar tenia mas talento que un hombre, y que segun la moda americana cien mil dollars valen mas que la virtud de una mujer. El jóven no se apasionó por las leyes, por las artes, ni por las letras de los Estados Unidos. Las mujeres que amó allí fueron francesas y americanas de Paris. Con mil parisienses como Octavio el mundo seria conquistado para la Francia.

De regreso á Paris, encontró al emperador y le habló de su padre, de la peregrinacion á Santa Elena, de Raoul de Parisis y de su deseo por entrar en la carrera diplomática. El emperador, que conocia toda esta historia, presentó á Octavio al marqués de la Vallette. Octavio se graduó de bachiller en diplomacia en los bastidores de la ópera, en casa la señorita Brohan, en los bailes de las Tullerías, en casa las embajadoras y en el bosque de Bolonia. Empezaba á reirse de las sentencias de Maquiavelo y de las ironias de Talleyrand, cuando estalló la guerra de China.

La China es un país tan fabuloso que nosotros, los franceses, tomamos la capital del Celeste Imperio, con un puñado de hombres.

Octavio de Parisis figuraba entre este puñado de héroes.

Hé aquí como: estaba encargado de transmitir despachos al señor de Bourbulon. «Ya que uno de mis

antepasados tomó Jerusalem, se dijo Parisis, yo tomaré Pekin.»

El agregado á la embajada del baron Gros, resolvió tambien ser un héroe en compañía de dos de sus amigos, el señor de Damas y el señor de Grandperrier, al cual una muerte gloriosa dejó allí.

El padre de Octavio habia sido pintado por Gros. Este fué el vínculo de union, el lazo de amistad entre el duque de Parisis y el baron Gros, que contaba por algo en su blason la gloria del pintor de Jaffa.

El ejército anglo-francés no habia querido comenzar la guerra antes de que llegasen los dos embajadores. Los dos generales Montauban y sir Hope-Grant, contenian, no sin esfuerzo, la cólera francesa y el furor británico. Se sabia la victoria en el campo de Tsín-Kou, en la toma de los fuertes de Péi-Ho. Octavio de Parisis quiso lanzarse en la pelea. Estaba en el asalto, al lado del señor de Grandperrier, al cual vió caer á su lado. Vengó á su amigo y vengó tambien al señor de Damas, hiriendo con su espada al general tártaro.

Se partió hácia la conquista de Pekin con dos mil quinientos hombres y cuatro baterias; es decir, uno contra mil. «El gallo de las Galias y las águilas de Francia han proclamado la victoria en todas las capitales, dijo Octavio la mañana misma en que se tomó Pekin: solo falta á la bandera de la Francia una gran capital y á decir verdad, esta es la mas original de todas. Hé aquí una conquista fabulosa: cuatro

hombres y un sargento que hacen caer los muros de la China. Quiero que los futuros Homeros inscriban mi nombre en este nuevo sitio de Troya, defendida por tres millones de combatientes; pero en vez de diez años es necesario que este sitio no dure sino diez días. Adelante!»

Y Octavio partió, espada en mano, á la cabeza de los spahis, en aquellas tierras cultivadas y pobladas con miles de chinos.

Aquello fué un ojeo. El jóven se asustó; pero con- tuvo la muerte. Todo el mundo se portó á maravilla. Mientras que el caballo del señor Bouillé recibia una bala, el caballo de Parisis recibia otra. Al dia siguiente, por la mañana, el señor de Montauban, con Parisis, entraba en el palacio del hijo del Cielo, Octavio penetró con toda la curiosidad de un francés, en la mágica morada de Yuen-Münz-Yuen. En este Versailles chino, el arte francés y las riquezas del verdadero Versailles estaban representadas por tapicerias de los Gobelinos y con retratos de la córte de Luis XV, córte verdaderamente chinesca.

Mientras que los chinos incendiaban y que los ingleses se entretenian en escoger alhajas, los franceses se convertian en chinos. Octavio se llevó dos recuerdos: una jóven china que trajo á Paris y un abanico del tiempo de la Pompadour, que trajo para la primera marquesa que encontró en el barrio de San German.

De los amores de Octavio en Peking se podria ha-

cer un hermoso *Libro de Jada*: hizo navegar sobre el rio Amarillo á ciertos maridos que hasta entonces solo habian navegado en el rio Azul.

Ya se recordará el ruido que metió con su mujer china, una moneria que no sabia andar; la presentaba en el gran mundo y cantaba duos con ella, adoptando el aire mas formal pues en cuanto á cometer locuras, Octavio era famoso.

Desde su viage á la China se habia prometido una mision en Oriente. Como todos los dias se le veia en las fiestas y las locuras de la sociedad parisiense, nadie tomaba por lo sério su nombramiento de embajador. «Asi es que se le llamaba: el señor *Segregado* de la embajada,» á lo que él respondia:—«No os burleis: únicamente los agregados de embajada hacen su carrera porque la hacen en Paris y no en las vías diplomáticas.» Y añadia riendo: «Si no muero en un duelo ó en algun lecho de rosas, me vereis embajador de Lóndres y gran cruz de la Legion de Honor.—Sobre todo caballero de la Jarretiere, le decian sus amigos.»

Verdad es que tenia todas las condecoraciones excepto la cinta de Monaco, única que se le habia negado. A las grandes ambiciones es necesario dejarlas algun deseo.

Como una gran señora del siglo diez y ocho, madama de Montmorin, la duquesa de Parisis, habia dicho á su hijo: «No te recomiendo mas que una cosa: que te enamores de todas las mujeres.» Octavio queria todas las mujeres segun el deseo de su madre.

Para representar este papel que preserva de los papeles trágicos del amor, es necesario estar siempre sobre el hierro. Pero Octavio era un hombre de acción con frecuencia irresistible por su belleza inteligente, por su hermosura burlona y orgullosa, su esquisito arte de saber decirlo todo á los oídos mas delicados; porque era un hombre apasionado sin pasión, un loco sin locura y sobre todo un sábio sin sabiduría.

Habia leído á la Rochefoucoult. Era su breviario. Lo llevaba en los viages, lo ponía debajo su almohada y creía conocer la vida riéndose de la buena fé del corazón. Creía que habia matado á la *bestia* pero el amor es mas fuerte que la Rochefoucoult y el corazón toma crueles revanchas sobre el talento. Cuando se está en la orilla uno se rie siempre de las tempestades; pero cuando se está en el mar se vé que este es profundo.

Toda esta historia la dama de Palos la contó á Octavio, bien como si fuese una hada que le hubiera seguido desde su cuna; ella le habló de su madre con una espresion que conmovió su alma; le habló de la América y de la China como un compañero de viage.

—Al fin y al cabo, dijo ella, qué tragisteis de América? un puñado de oro! Y de la China? un abanico! No os creais un héroe porque tomasteis á Pekin. Se me olvidaba: habladme de vuestra China, pues todo Paris sabe vuestra historia.

—No hablemos nunca de las mujeres de ayer.

Y como si quisiese comunicar un secreto á la dama de Palos, el jóven besó sus blondos cabellos.

La señorita Genoveva de la Chastaigneraye se levantó llena de rubor é indignada. La máscara quemaba su rostro.

La jóven en su inocencia podía aventurar su juego en aquel juego de cartas; pero si consideraba muy dulce el hablar á Octavio, se sintió ofendida al ser tocada por D. Juan.

Octavio se sorprendió ante aquel movimiento. El pudor tiene una elocuencia que aterra al mas vicioso.

La dama de Palos se alejó en su carta dignidad, sin que el duque de Parisis se atreviese á coger su mano para retenerse.